

1991

## Islandia (Fragmentos)

Maria Negroni

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Negroni, Maria (Otoño 1991) "Islandia (Fragmentos)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 34, Article 30.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss34/30>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

MARIA NEGRONI

ISLANDIA  
(Fragmentos)

*Venían de la tierra de los hombres tristes. Abordaban la isla en tablas, barcazas, longitud de insidias. Violentos, como quien ha abandonado todo, amotinaban los sueños. Todo el largo invierno, a campo traviesa, se vio al fantasma de Haroldo, el de la Cabellera Hermosa, cruzarla. Hubo gaviotas y un universo huérfano. A corto plazo, los hombres pudieron sostenerse en su saga (ser, a su manera, felices). Hubo después la ausencia injustificada del verano y una compleja red de traiciones. El mundo no terminaba de eclipsarse.*

*Se escucha el rumor dormido de un volcán y, enseguida, un viento huracanado y gélido. Se ve la parte más salvaje de la costa, una extensión de tiempo contra un fondo de ballenas encalladas. Se ven, más acá, en primer plano, del lado de los barcos, los hombres. Recortados en un gris que no es crepúsculo. Rezagados. Como mirando algo invisible y persistente, alguna aparición que pronto va a instalarse. Se los ve, sometidos a una seducción cuyo fin es opaco, como los cráteres, despiadadamente dóciles. Se ve que son tiempos de guerra, de un pesar escrito que no cesa y que huye hacia el júbilo (como cualquier enfrentamiento). Que la noche tendrá fiebre y temblará y por eso (es seguro) los escaldas discurrirán sobre el lenguaje con dulzura, con alguna soberbia, como quien hace un regalo. Que es un país candente, breve, pero afín a un linaje de fiordos. Que la ética*

*está ausente. Llueve y la alegría, de pronto, es feroz,  
convexa como las velas. Ignoran dónde están. La tosudez  
los libra de enterarse...*

Hacia el oeste (que en los mapas planos  
es el este), la sosías buscará su isla  
milimétrica, galerías bajo cuerda  
que pudieran conducirla al camouflage,  
al facsímil *ma non tropo* de sí misma.  
En esto tiene fe: que allí donde su  
nido hiciera no habrían de faltar  
fantásticas botánicas ni evocación  
de trajes domingueros ni heráldicas.  
¡Qué astucia de sirenas! Hacia el oeste,  
en el cantábile de su vocación,  
en su bel canto probará a insistir.  
Tal su tesitura. Su síntoma.  
Sus deseos de vivir in absentia.  
En sepias. En versos de tránsito.

*Ignorancias varias:*

- 1) *no saben si han llegado a la isla (si se esconden) para entenderse.*
  - 2) *si el esplendor puede nacer de una frigidez.*
  - 3) *si no hay en la reticencia una osadía, un deseo de que el paisaje los busque para alterar un poco el orden de las cosas.*
  - 4) *si carecen de espontaneidad y por eso sufren y ahí radica toda su fuerza.*
- Aman el peligro, sólo que de otra índole, más retorcido, menos literal. Un peligro que nace del propio salvajismo, maniatado. Nunca se vio tanta insistencia. La noche cae y se repliegan. La noche cae y los sueños irresueltos de las bestias dormidas...*

El altibajos no, en repetidos tópicos vive,  
en puntos sobre las fés. En mocerías  
que quedaron allá. De tanto en tanto.  
En plétoras de ausente, en modus operandi.  
Huyera, pero el truco ingrato de un arpón  
de plomo la detiene y al escudriño andante

de sus marinerías la obliga: fricativa  
 vida entre canoros, entre guantes,  
 y palafren y espumas y lebreles.  
 No tiene adónde ir, o si lo tiene,  
 decir que lo supiera es osadía.  
 Tan habituada está a las galanuras.  
 A cascarón vacío. A dudosos  
 regresos del delirio que su oficio  
 de alifios le incentiva. Al arte  
 y sus antídotos, de la cetrería.

*En ciertos atardeceres, en los meses helados, el fuego los  
 volvía sumisos, aunque no más sociables, no menos rapaces  
 con la cercanía. (El aire es polvoriento en la casa común, se  
 renueva poco). Se regodeaban entonces en la pena. Como  
 quien entretiene la parálisis, invocaban la refriega donde los  
 guerreros se hunden, y la ira es, quizá, menos ilusoria que  
 los cuerpos. Se preguntan en qué antro se habrá metido el  
 océano, qué ataduras de hielo lo habrán flechado. Hasta  
 cuándo va a durar esta noche interminable. Al pie de la  
 tormenta, vaguedad entre lo muerto y lo vivo, (como quien  
 ha sido devastado y se jacta), emprenden un bajo continuo,  
 oral, una hábil ligadura de sonidos. Hay, en sus mensajes de  
 escombros, una pasión impersonal por la gloria que no  
 invalida el infortunio, una melodía austera como el esqueleto  
 de la pasión, un laconismo que es también impaciencia por lo  
 que ocurre afuera del clímax. Ni más ni menos que esto: son  
 hombres abstractos, con recuerdos...*

Por más que lo desmientan sus trances en  
 la liza, por prisa que se dé en lo virulento,  
 aunque se clave puñales y proclame  
 berretines de bacana en la mente (milonga  
 de la cual quiere litigio y versos populares y  
 faroles), la travesti en su amor, la de abanico  
 de pleitos irresueltos, prefiere la cautela,  
 la victoria (ocampo) en que pudiera acabar.  
 A *grosso modo*, a guerras perdidas se confina  
 y a entripados, como si tono burlón  
 hubiera en filigrana de mostrarle  
 la clandestina de sí, no sólo

la vena en que se escribe. ¿Circunscribe así  
lo que no entiende? ¿Le viene de perillas  
lo que guarda? Pregunta que en rigor  
no atina: — ¿Se puede saber, corazón,  
por qué no te han herido?